

# ARQUEOLOGÍA DE LA PRAXIS: INFORMACIÓN HISTÓRICA DE LA ACCIÓN SOCIAL

## EL CASO DE LA UNIÓN DE COOPERATIVAS AGROPECUARIAS DE MIRAFLOR, NICARAGUA

Ermengol Gassiot Ballbè, Beatriz Palomar Puebla\*

*RESUMEN.*- La propuesta de arqueología alternativa que hemos denominado arqueología de la praxis nace de la preocupación, nada novedosa por otro lado, por la pertinencia social de nuestra disciplina y el compromiso de los arqueólogos y arqueólogas con la realidad de la que participan. En este artículo expondremos los problemas que plantean, a nuestro entender, otros modelos de arqueología alternativa y que agrupamos bajo las denominaciones “arqueología de subsistencia” y “arqueología, difusión y comunidad”. A partir de la consciencia de tales problemas mostraremos los principios en los que se basa nuestra propuesta, seguidos de un proyecto concreto que estamos desarrollando junto a la Unión de Cooperativas Agropecuarias de Mirafior (Nicaragua) y el Departamento de Historia y Arqueología de la Universidad Nacional Autónoma de Nicaragua-Managua.

**The Archaeology of the Praxis: Historical information for the social action. The case of the Unión de Cooperativas Agropecuarias de Mirafior (Nicaragua).**

*ABSTRACT.*- The origin of an alternative archaeology we have called archaeology of the praxis comes from the interest, not novel at all, on the social pertinence of our discipline and the archaeologists' compromise with the reality they take part in. Here we'll put forward the problems of other archaeological alternative models that we have assembled under the labels “archaeology of subsistence” and “archaeology, diffusion and community”. With these problems in mind we present the principles of our proposal and a particular project we are developing together with the Unión de Cooperativas Agropecuarias de Mirafior (Nicaragua) and the History Department of the Universidad Nacional Autónoma de Nicaragua-Managua.

*PALABRAS CLAVE:* Arqueología de la praxis, Arqueología y comunidad, Nicaragua.

*KEY WORDS:* Archaeology of the praxis, Archaeology and community, Nicaragua.

### 1. INTRODUCCIÓN

Cuando en 1996 nuestro Departamento empezó a colaborar en el diseño de la carrera de arqueología de la Universidad Nacional Autónoma de Nicaragua-Managua, se inició un proceso de reflexión de donde surgió el perfil teórico de una carrera que debía insertarse en una sociedad en abierto conflicto político y social. En aquel entonces empleamos por primera vez el término de *arqueología de la praxis* derivado teóricamente para mencionar la clase de arqueología que creíamos debía implementarse (Palomar y Gassiot 1996). Desde aquel año hasta la actualidad,

tres campañas de campo en El Apante y dos en Mirafior, en el pacífico norte y centro norte de Nicaragua respectivamente, nos han permitido concretar una propuesta también “empírica”, o dicho de otra manera, proporcionar la dimensión de “acción” que cualquier *praxis* requiere. Así pues, el presente trabajo ilustra un momento avanzado del proceso de la formulación de la propuesta de arqueología de la praxis. Durante las primeras temporadas de campo circunstancias varias limitaron la aplicación del programa ideado por primera vez en 1996. Dadas las circunstancias favorables de las intervenciones de 1998 y 1999 en Mirafior, el carácter activo de la contraparte co-

\* Divisió de Prehistòria. Departament d'Antropologia Social i Prehistòria. Universitat Autònoma de Barcelona. Edifici B. 08193 Bellaterra, Barcelona. [ilas34@blues.uab.es](mailto:ilas34@blues.uab.es)

munitaria, su participación ya desde octubre de 1997 como *agente* activo en el programa de investigación, etc., se optó por plantear un programa de trabajo que permitiese evaluar la viabilidad y efectividad de una propuesta concreta de *praxis* en torno al conocimiento histórico. Así, se planificó medir el grado de pertinencia de una intervención arqueológica en términos de generación de acción social teóricamente informada.

La *arqueología de la praxis* parte del reconocimiento del objeto de estudio de la propia disciplina. Asume igualmente que el conocimiento de problemáticas históricas, que modelan la realidad social actual, establece medios de acción y, por tanto, de transformación del presente. El modelo que se presenta explicita estas dinámicas y sus nexos con el colectivo de arqueólogas/os profesionales y considera prioritario el esclarecimiento de su relación con los *agentes* sociales. En definitiva, la *arqueología de la praxis* descarta la opción individual del sujeto del conocimiento, en términos tradicionales, la o el arqueólogo, como detonante de una actividad social. Al contrario, asume que la potencial acción a través de sus procesos de socialización constituye un elemento propio del proceso del conocimiento tanto de la disciplina como de las otras ciencias. El reconocimiento explícito de esta realidad conforma nuestro punto de partida.

## 2. ARQUEOLOGÍA DE LA PRAXIS: INTRODUCCIÓN AL CONCEPTO

Es un hecho ampliamente extendido la asimilación de "*praxis*" a "acción social". Tanto algunos/as colegas de nuestra disciplina como en otros ámbitos de las ciencias y vida social entienden el término como la "acción" o la "práctica" efectuada por un sujeto o *agente* social. Tales acciones o prácticas se plasman materialmente en cuanto comportan una alteración de la disposición anterior de la materia. Según esta noción la *praxis* de un *agente* se manifiesta en su propia inclusión en la realidad. Desarrollando este enunciado obtendríamos que en el caso de un arqueólogo/a ésta se presentaría bajo múltiples fenómenos: el trabajo de campo, su inserción como ciudadano/a en un entorno social dado, etc. Asumido desde una perspectiva progresista que defendiera la integración de la práctica profesional de un/a científico/a social en el entorno, la *arqueología de la praxis* tomaría como eje central la acción social del/la propio/a arqueólogo/a. Podría, erróneamente, llegar a contraponerla al ejercicio de la teorización o, incluso, del desarrollo metodológico y técnico de la disciplina, ámbitos por excelencia de marcado carácter académico. En este sentido, las consideraciones de McGuire y Navarrete (1998) respecto a la *arqueología radical* de los Estados Unidos señalan un establecimiento indivi-

dual de nexos entre su postura ideológicamente comprometida y su actividad profesional en la disciplina.

Esta concepción de *praxis* adolece, sin embargo, de un defecto de implicaciones sumamente importantes. No distingue entre aquella acción social que presupone una planificación en base a un conocimiento del entorno en el cual se inserta y que, por ende, prevé a largo plazo sus resultados, de aquella cuyo carácter es más particular y no presenta una correspondencia entre los objetivos del *agente* y su realidad social. En otras palabras, y tomando a Gramsci como referencia, no establecen diferencia alguna entre *sentido común* y la propia *praxis*. Gramsci (1983: 38-57) califica el *sentido común* como la acción social de un *agente* justificada en una concepción del mundo que no guarda una correspondencia con la realidad. En este sentido, no se fundamenta en una actitud crítica (o *filosofía*) y suele ser característica de sectores sociales subordinados. Nosotros nos referimos a esta clase de acciones sociales como *práctica*, entendiendo que detentan una capacidad para alterar el estado previo de la *materia* (tanto a nivel de la realidad objetual como en la esfera de las relaciones sociales) de forma particular y puntual. No comporta, sin embargo, una previusualización teórica del entorno sobre el que se actúa.

Por otra parte, la noción gramsciana de *praxis* comporta la fundamentación de la actuación en una visión intelectual de la realidad. Es decir, se establece a partir de una formulación explícita y consciente "desde" y "en" el conflicto donde se actúa y guarda una correspondencia con la finalidad de la propia actuación. Mientras que en el *sentido común* o *práctica* esta integración no existe, máxime cuando la preconcepción de la acción se obtiene de "*préstamos intelectuales*" de otro *agente social* (generalmente, de otra clase social), en una actitud de *praxis* constituye el elemento central. Establecido bajo otra fórmula, la *praxis* necesita de una visión teórica de la realidad de la misma forma que requiere de acción. En este sentido estaríamos de acuerdo con Villasante en que la teoría "(...) es un "momento" de la *praxis*, es una reflexión posterior a un impulso, parte de la unidad de ambos momentos, en un proceso abierto" (1995: 28). Así por ejemplo, el movimiento obrero inicia una *praxis* como tal cuando es capaz de formular las leyes de la explotación capitalista y, en base a ello, establece pautas de actuación conscientes con el objetivo de transformarlas radicalmente. La actitud previa de destrucción de máquinas del ludismo conformaría un ejemplo de *práctica* social cuyos efectos son meramente particulares e inmediatos. En definitiva, una actividad *práctica* remite a un sujeto sometido a una "hegemonía cultural" (*sensu* Gramsci) en unas relaciones de explotación.

Siguiendo este argumento, la *práctica arqueológica* disiente radicalmente de lo que sería una

*praxis* a partir de la misma arqueología. En el primer caso, la implementación de una metodología de excavación o un programa de investigación estructurado de una determinada forma, producto únicamente de un aprendizaje, comporta solamente el ejercicio de una práctica. Por otra parte, la ejecución de una acción motivada por una reflexión teórica es susceptible de articular una *praxis*. Sin embargo, un segundo elemento se requiere para completar la actitud. La integración se debe dar, por una parte, entre la formulación teórica y la ejecución de la contrastación de la misma. Además, y dado que el *conocimiento* está relacionado con la *acción social* a la cual informa (representada tanto por la academia, el capital que financia las investigaciones como por otros sectores sociales), la integración de aquél con ésta establece el segundo elemento necesario articulador de la *praxis*. De esta forma, la mayoría de las *praxis* generadas desde la arqueología se fundamentan en una integración con los intereses académicos y económicos que financian la propia existencia del *agente* de la misma. Así pues, existe una vinculación orgánica del arqueólogo y la arqueóloga con las instituciones generadas desde el capitalismo para la obtención de conocimiento de la realidad.

Resumiendo, la *praxis* comporta una actuación social integrada y coherente con un conocimiento sobre sí misma (cf. McGuire 1992: 248-252; Palomar y Gassiot 1996, 1999). En tal conocimiento, dada la complejidad de la propia realidad y los avances técnicos y metodológicos en los procedimientos para su aprehensión, juegan un papel clave los medios intelectuales. En este sentido, los/las intelectuales en cuanto formuladores de enunciados sobre la realidad con pretensión de veracidad, están vinculados orgánicamente a los *agentes* sociales. Bajo múltiples contradicciones formales, la mayoría de dichas vinculaciones orgánicas se establecen a partir de las instituciones generadas por el actual sistema económico y social con la burguesía. A partir del reconocimiento de estas relaciones, la *arqueología de la praxis* formula y explicita la elección de los sujetos (sociales) para generar su propio *agente*.

### 3. JUSTIFICACIÓN PARA UNA ARQUEOLOGÍA DE LA PRAXIS

A partir de la noción gramsciana de *praxis*, procederemos a analizar diferentes modelos con una voluntad explícita de investigación y acción social a través de la arqueología a fin de definir la estructuración de un programa acorde con lo expuesto. Hemos esquematizado las tres opciones que se analizan para ilustrar su grado de ajuste a las consideraciones que hemos efectuado. Las dos primeras reflejan propues-

tas realizadas y, en algunos casos, ejecutadas total o parcialmente, con una voluntad más o menos definida de impulso de dinámicas sociales a partir de *agentes* diferentes de los institucionales o capitalistas. Responden a planteamientos frecuentes tanto en el entorno de la arqueología Social Latinoamericana como en propuestas progresistas de Europa y Norteamérica. La tercera muestra el esquema justificativo de nuestra propuesta actual y que se está implementando en el *Proyecto de Arqueología Participativa de Miraflores*, en Nicaragua.

#### 3.1. El modelo de la "arqueología de subsistencia"

En varios países del denominado Tercer Mundo se ha formulado desde una perspectiva generalmente de "acción social" lo que en otro lugar hemos calificado como "arqueología de subsistencia" (Gassiot *et al.* 1997; Palomar y Gassiot 1999). Las escasas propuestas en esta línea comparten una voluntad explícita de inserción en las necesidades de la población con el objetivo de establecer alguna alternativa para su resolución. Los ejemplos más ilustrativos dentro de este modelo se fundamentan en la elucidación de alternativas a problemas ecológicos actuales a partir del conocimiento de prácticas de subsistencia pretéritas, sobre todo de carácter agropecuario. En esta línea se situaría, por ejemplo, el estudio de modelos de explotación agroforestal en la América precolonial como respuesta a problemas concretos de pérdida de masa de suelo, de baja productividad o de uso de plaguicidas (Lumbreras, *com. pers.*). Una característica adicional de estas propuestas es su inserción en actuaciones más amplias desde el campo de la geografía aplicada, economía, etc.

Sin embargo, ¿constituye esta opción una verdadera *praxis*? El esquema de su estructuración (fig. 1) nos muestra el factor *necesidad* social en un contexto definido como detonante de la actuación concreta desde el ámbito científico. No obstante, existen ciertos aspectos que merece retener. Por una parte, quien convierte la necesidad como motor efectivo de la investigación se sitúa al margen de la comunidad como *agente*. Es el equipo científico, en nuestro caso los y las arqueólogas, quienes ejercen de sujetos activos en la creación de conocimiento. Evidentemente, ello no presupone la participación del sujeto de la necesidad, una comunidad concreta, en la decisión de qué es pertinente resolver mediante la intervención científica. Por otra parte, y de igual importancia, su resolución está mediatizada totalmente por el equipo científico *agente* de la investigación. La generación de una acción social concreta dependerá de las formulaciones ya terminadas que éste efectúe. Las garantías de que esta clase de propuesta derive en *praxis* son

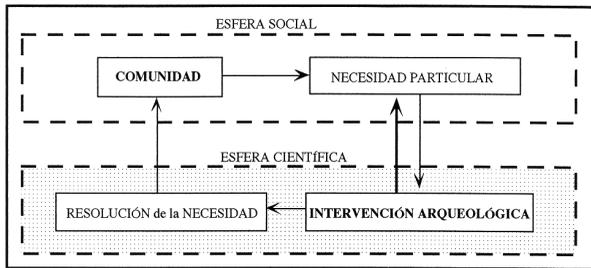


Fig. 1.- Esquema lógico del modelo "arqueología de subsistencia".

escasas, máxime cuando el equipo científico generalmente comparte pocos aspectos con la comunidad que dice representar. Finalmente, el conocimiento que se establece es totalmente particular en función de una manifestación definida de la realidad. No se analizan, o muy escasamente, la contextualización histórica de la necesidad actual ni su derivación de unas relaciones más profundas.

Resumiendo, se pueden citar algunos aspectos centrales de este modelo:

- Participa de hechos inmediatos.
- No requiere de una teoría o de una integración entre teoría y acción social.
- Constituye una resolución de hechos concretos en base una metodología arqueológica.

La denominación de *arqueología de subsistencia* deriva, además, de su carácter dual (Palomar y Gassiot 1999). Por una parte se orienta explícitamente a facilitar o mejorar las condiciones de vida de diferentes colectivos, generalmente comunidades rurales del Tercer Mundo. En este sentido, presenta numerosos parecidos con la acción de las ONG's. Por otra, y ésta mucho menos explicitada, constituye una modalidad de supervivencia de la propia disciplina (o, al menos de los/las propios/as profesionales) en contextos de reducción presupuestaria.

### 3.2. El modelo "arqueología, difusión y comunidad"

Quizás la modalidad más extendida para relacionar la arqueología con alguna propuesta de acción social sea a través de la difusión. Dentro de esta opción se asume, implícita o explícitamente, el interés del discurso histórico generado desde la disciplina como forma de conocimiento y su pertinencia a fin de incentivar acción o reflexión social. Numerosos casos se pueden citar en este campo. A un nivel existen las iniciativas desde las instituciones, como por ejemplo la creación de una conciencia europeísta en la población catalana a través de la exageración en exposiciones arqueológicas de la magnitud de la colonización griega y del proceso de romanización en Catalunya. En otro, se encuentran las propuestas desde posiciones progresistas con voluntad de expandir a sectores sociales específicos elementos históricos más o me-

nos críticos con la realidad actual. En ellas, bajo diferentes modalidades de museos (Leone *et al.* 1987; Vargas 1999: 29-32), exposiciones temporales y actividades de dinamización cultural variadas (Alcalde 1989), sus respectivos/as autores/as intentaron trasladar al público un discurso histórico alternativo. Las diferentes experiencias referidas introdujeron en sus contenidos explicativos elementos de reflexión con el objetivo de extenderla al segmento de sociedad que participó de las actividades. Así, Leone y sus colegas plantearon una crítica social a partir de las relaciones de poder en Annápolis (EE.UU.), Vargas y Sanoja (1993) una visión de la historia venezolana desde una perspectiva principalmente nacionalista (McGuire y Navarrete 1998; Vargas 1999). En ambos casos se pretendía superar un discurso histórico formulado con intencionalidades políticas específicas. En el valle del Llierca, en Catalunya, un equipo de arqueólogos/as y museólogos se propusieron exponer los resultados de excavaciones del Paleolítico en la zona para crear una conciencia de identidad local (Alcalde 1989). De forma similar, durante nuestras primeras actuaciones en El Apante, Nicaragua, aprovechamos el contexto de la excavación en curso para efectuar diferentes asambleas comunales y una exposición fotográfica para fortalecer la identidad colectiva, las organizaciones comunales y la reflexión sobre el modelo agropecuario y la propiedad de la tierra dominante.

De nuevo, aquí conviene preguntarse por el grado de desarrollo de *praxis* que puedan implicar tal clase de propuestas de acción social. Siguiendo su esquema lógico de desarrollo (fig. 2), podemos ver que el *agente* principal de las mismas (y, en algunos casos quizás exclusivo) lo constituye, una vez más, el equipo de arqueólogos/as. El proceso se inicia a partir de una serie de investigaciones científicas que generen resultados que son considerados de interés por parte de un colectivo de científicos/as. Éstas son, entonces, trasladadas a un sector social por medio de un conjunto de actividades a modo de *difusión* y/o *dinamización*. La noción de difusión implica la circulación de un producto acabado generado por parte de un *agente*, en nuestro caso en la esfera de la comunidad científica, a un receptor pasivo. Éste último, la comunidad o público al que se dirigen las actividades de la difusión, las incorpora total o parcialmente, o no lo hace en absoluto. Esta modalidad vertebró la mayoría de las propuestas de acción social desde la *arqueología social latinoamericana*. En ellas, la discusión en torno a la modalidad del discurso generado y ofertado desde la disciplina constituye un tópico central (López 1992; Vargas 1999; Vargas y Sanoja 1990). Si bien reconocemos que los enunciados históricos ofertados constituyen un motor de acción social, la desconexión entre el contenido del discurso y el público, sujeto potencial de la acción, ha conducido al

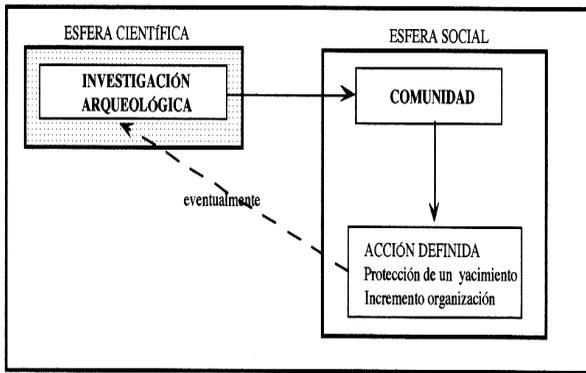


Fig. 2.- Esquema de la lógica sobre la que se asienta el modelo "Arqueología, Difusión y Comunidad".

fracaso de algunas de las experiencias emprendidas (McGuire y Navarrete 1998). Asimismo, no se presta mayor atención a la definición de la relación entre aquéllos/as que efectúan el conjunto de enunciados históricos por medio de la arqueología, los problemas sociales sobre las que se quiere intervenir y los *agentes* de la misma.

Igual que en la referencia anterior, queda descartada una *praxis* social cuyo *agente* sea total o parcialmente la comunidad. Esta afirmación la refuerza la propia práctica susceptible de ser generada por la difusión. Merece la pena recordar que, como en el caso anterior, la comunidad/público no detenta control alguno sobre el contenido del discurso sujeto a extensión social. Igualmente, la acción social generada responde a una dinámica estímulo-respuesta en base a un elemento ajeno al sujeto de la misma. Este hecho reduce la potencial continuidad de la misma acción en el tiempo y su interrelación con el sector social que, en teoría, debiera ser su *agente*. Así mismo, el propio carácter de la acción suele responder a finalidades particulares e inmediatas. Dentro de esta clase de propuesta de arqueología con implicaciones sociales son frecuentes los casos en que ésta se emplea con fines incluso beneficiosos para la disciplina, vista desde una perspectiva corporativista: la protección de un sitio arqueológico por parte de la comunidad, la obtención de facilidades para una intervención, etc. Nuestra experiencia en El Apante, aunque con algunos matices, apuntó en una dirección parecida. A pesar de orientar el discurso hacia la identidad local, su efecto como estímulo de la organización comunal ha tenido consecuencias a corto plazo pero no ha generado una dinámica con retroalimentación. Igualmente, el fortalecimiento de una dignificación de la comunidad, a nivel de identidad, se produjo únicamente en aquellas ocasiones en que un elemento externo, los/las arqueólogos/as, la propusimos mediante actividades variadas.

Brevemente, los elementos definidores de este modelo se centran en torno a los siguientes ejes:

a) No comporta una coherencia/integración de una

teoría con una acción social. En múltiples ocasiones conlleva, por contra, una instrumentalización política con fines de control y configuración de las *prácticas* sociales.

b) Se fundamenta en un papel pasivo de la comunidad que actúa como consumidora de un producto acabado ofertado desde la arqueología.

c) Las prácticas generadas acostumbran a tener un carácter particular, una durabilidad limitada y un escaso potencial crítico/reflexivo.

### 3.3. El modelo de la "arqueología de la praxis"

En algunos trabajos recientes dentro de la arqueología marxista se ha venido efectuando una revisión de la capacidad de articular acciones sociales desde nuestra disciplina (Bate 1998; Fonseca 1988; Lull y Micó 1997; Leone *et al.* 1987; Lumbreras 1981; McGuire 1992, 1996; McGuire y Navarrete 1998; Patterson 1986, 1994; Vargas 1999; Vargas y Sanoja 1990, 1993, entre otros). Sin embargo, en pocos de ellos se plantea realmente una noción de *praxis* donde se explicita una *agencia* no vehiculada únicamente desde el/la arqueólogo/a. En este aspecto, nuestra disciplina se encuentra muy lejos de los debates emprendidos ya en los años setenta y especialmente en los noventa en torno a la relación entre el/la científico/a social y su objeto de estudio, donde se lo concibe como parte de la misma realidad social del/la investigador/a. Sin pretender profundizar en ello, las propuestas denominadas *Investigación y Acción Participativa* (IAP) (Villasante 1993, 1995) proponen la relación del investigador/a (en sociología, antropología, psicología social, ecología política, etc.) y sus interlocutores sociales como: (a) fuente de conocimiento tanto para el/la científico social como para su interlocutor, (b) dinámica, modificándose a lo largo del tiempo por sus propias relaciones internas y (c) sobre todo como *agente* de acción social en base al conocimiento y la organización social. Igualmente, pretende trasladar la supresión de las relaciones sociales asimétricas al interior de la propia investigación. Así, mediante el diálogo y la participación pretende superar la dependencia y sumisión del "objeto de estudio" (la sociedad) respecto al/la investigador/a (Villasante 1995: 23). Así mismo, se reconoce la complejidad e ilusoriedad de la participación social en la generación del conocimiento donde el/la científico social detenta preeminencia en ciertos espacios, como por ejemplo los procesos técnicos de la investigación.

Si bien nuestra disciplina tropieza con la discontinuidad temporal entre los ámbitos específicos de investigación y la realidad social actual, se han presentado ya propuestas para articularla como *praxis* (Palomar y Gassiot 1999). En ellas, aunque adaptándolos a las peculiaridades de nuestro campo académi-



Fig. 3.- Esquema del modelo denominado "Arqueología de la praxis".

co, se incorporan algunos elementos de la IAP. Formalmente, el objetivo principal consiste en la integración entre Comunidad (su formulación se ha efectuado en relación a nuestra presencia en Nicaragua) y el equipo científico en la creación y gestión del conocimiento histórico y arqueológico con la finalidad de incentivar o participar de una *praxis*. A diferencia de los modelos analizados anteriormente, la "arqueología de la *praxis*" se fundamenta en el papel activo de la comunidad desde el inicio del proceso, superando su mera inclusión como apéndice final del mismo. Así, a fin de articular una dinámica como la que se desea, la fase más importante de una investigación, que es el desarrollo teórico de los objetivos de la misma, ha de efectuarse a partir de un diálogo entre las y los científicos y la población. El consenso en torno a intereses a tratar, como por ejemplo las políticas de refuerzo de la identidad colectiva, el conocimiento de las dinámicas históricas de la propiedad de la tierra y del impacto medioambiental de la producción agropecuaria, etc., inicia todo el proceso. En gran medida, desde su comienzo se efectúa una acción social integrada a una necesidad teóricamente desarrollada de la obtención de un conocimiento sobre ciertos problemas sociales. Es, por lo tanto, por sí misma una expresión de *praxis*. A fin de facilitar la caracterización de la propuesta acompañamos la explicación con la figura adjunta (fig. 3).

El aspecto principal de la *arqueología de la praxis* lo constituye el hecho de que se fundamenta en una articulación entre comunidad y arqueología en todas las fases del método, entendido éste en su sentido más amplio como el conjunto de operaciones que participan en el proceso de creación del conocimiento. Ello comporta:

1. Una definición conjunta de los problemas a los que se quiere dar respuesta por medio de la investigación. Evidentemente los elementos aportados por las partes tenderán a ser complementarios. Desde la comunidad se enfatizarán los aspectos relacionados con la pertinencia social de los elementos teóricos (en términos de la disciplina) desarrollados

por la contraparte científica. Por medio del diálogo se reduce la distancia inicial entre las partes, incrementando la coherencia interna del *agente* de todo el proceso.

2. Una ejecución metodológica y técnica con un predominio del equipo de arqueólogos/as aunque deberá contemplar crecientes formas de participación comunitaria. Éstas actuarán como mecanismos de prolongación del diálogo y del conocimiento del potencial explicativo de la disciplina por parte de los sectores ajenos a ella.

3. La rentabilización de los objetivos propuestos por medio de una *praxis*, donde el factor dominante debiera ser la comunidad en lo particular y, a un nivel más amplio, los diferentes sectores de los movimientos sociales.

Por otra parte, y a diferencia de los dos modelos anteriores, establece como necesaria una coherencia entre la teoría y la acción social. La ausencia de esta implicación niega la propia posibilidad de la *praxis* y relegaría la acción social derivada a un nivel de práctica. La articulación de ambos segmentos de la *praxis* se genera a lo interno de un *agente* único de la acción. De esta constatación se deduce la necesidad de la articulación en todo el proceso del equipo de científicos/as profesionales con su contraparte social constituyendo desde un inicio el *agente* activo del conocimiento.

Otro elemento clave en la caracterización procede de la continuidad de la acción generada. La *praxis* tiende a retroalimentarse dialécticamente no estableciéndose como experiencia limitada en el tiempo y en los objetivos. Se manifiesta en dos dimensiones. Por una parte, en la relación entre el *agente* de conocimiento y sus objetos concretos de estudio y actuación. A medida que el proceso se desarrolla, se reduce la distancia entre los objetivos iniciales y el sujeto de la acción, si bien se abren nuevas potencialidades de conocimiento producto de las nuevas situaciones creadas. Por la otra, en la creciente integración del *agente* en base al fortalecimiento de la relación orgánica de las dos contrapartes que lo conforman, los/as científicos/as profesionales y la masa social. El desarrollo de la *praxis* comporta, usando los conceptos de Gramsci (1983), la elevación del nivel intelectual de la masa y su acercamiento al conocimiento crítico de la realidad. Así mismo acentúa la implicación de la esfera científica en los conflictos del presente desde las perspectivas de la contraparte social.

Finalmente, existe otra característica importante que merece ser destacada de forma individualizada. Se refiere al propio carácter del conocimiento generado. Por una parte, el objeto de la arqueología de la *praxis* es una intervención sobre el presente. Por la otra, su ámbito de estudio difiere, en cuanto temporalidad, de su ámbito de intervención en cuanto a ac-

ción social. Tanto los problemas sociales promotores de la investigación como la rentabilización social del conocimiento generado se efectúan en un tiempo y sobre unos fenómenos que no detentan continuidad con los fenómenos aprehendidos empíricamente. El nexo entre ambos se establece a partir de las inferencias sociales, a partir de la esencia compartida como manifestaciones de las mismas leyes sociales. A diferencia de la “arqueología de subsistencia”, la *arqueología de la praxis* establece sus elementos de conocimiento a partir del esclarecimiento de las dinámicas sociales y no en base a fenomenologías compartidas (Palomar y Gassiot 1999). Este último hecho incrementa notoriamente su capacidad de información de la acción social. Un ejemplo del problema lo tenemos en el proyecto desarrollado con los guambianos o Namung Muriak de Colombia descrito por Vasco (1992). Tiene elementos que lo acercan a la *arqueología de la praxis*, como el hecho de que lo impulsaran las comunidades y la participación local en sus diferentes fases. Sin embargo adolece de un defecto crucial a nuestro entender. El establecer el diálogo interno del *agente* en función de dos visiones diferentes del mundo, la fenomenología indígena y los planteamientos de la arqueología, limita el potencial de conocimiento de la experiencia a la simple *recuperación* de una supuesta identidad étnica.

#### 4. ARQUEOLOGÍA DE LA PRAXIS EN NICARAGUA

A continuación mostraremos la potencialidad y coherencia de la propuesta de la *arqueología de la praxis* a partir de una experiencia de aplicación que comenzó en 1997 y se encuentra desde entonces en desarrollo. En ella participan la *Unión de Cooperativas Agropecuarias Héroes y Mártires de Mirafior (UCA-Mirafior)*, el *Departamento de Historia de la Universidad Nacional Autónoma de Nicaragua (UNAN-Managua)* y la *División de Prehistoria de la Universitat Autònoma de Barcelona (UAB)*. Estas dos últimas instituciones están implementando, desde 1996, la carrera de arqueología en la UNAN-Managua gracias a un convenio de colaboración entre ambas universidades.

La proyección social de la licenciatura de arqueología de la UNAN-Managua ha favorecido que instituciones como alcaldías (Estelí y Telica) y otras organizaciones sociales hayan planteado a la universidad su interés por desarrollar proyectos de investigación y preservación del patrimonio histórico-arqueológico. Éste es el caso de la UCA-Mirafior que, en 1997, comunicó a la UNAN-Managua su interés por el conocimiento de la historia del poblamiento en la zona de Mirafior, en el norte del país. Dicho plantea-

miento surgió de la voluntad de dotar al Proyecto Agroecológico que llevaban desarrollando desde 1990 de una dimensión histórica, generando al mismo tiempo lazos de identidad colectiva con el trabajo de la tierra. Desde los inicios la UCA-Mirafior se trazó como meta potenciar el desarrollo económico sostenible de la zona mediante la reorientación del modelo productivo, pasando de una producción de agricultura y ganadería extensiva a un modelo de producción de carácter intensivo y de reforestación. La base para ello ha sido el conocimiento de las potencialidades del territorio, el estudio del entorno natural y de las disparidades sociales en el medio geográfico. Así, se han diseñado planes de actuación tanto productiva como social, desde la aplicación de abonos y fertilizantes biológicos hasta la implantación por parte de las mujeres de su libre acceso a los medios de producción. Estos objetivos han sido recogidos bajo el llamado *Proyecto Agroecológico*. Todo ello debe entenderse, además, en un contexto de desmovilización militar en una de las zonas geográficas que más ha sufrido durante la guerra a lo largo de los años ochenta.

Así pues, en el *Proyecto de Arqueología Participativa de la UCA-Mirafior*, que parte de las bases teóricas ya explicitadas de la *arqueología de la praxis*, participan de manera activa tanto los miembros de la UCA-Mirafior como los investigadores/as y estudiantes de arqueología de la UNAN-Managua y de la UAB, conformándose así el *agente social* del proyecto. Para todos y todas ha sido un reto la superación de algunas barreras iniciales, sobre todo de comunicación fluida, buscando un lenguaje común, dando lugar a un diálogo continuo y fructífero, base imprescindible para el buen desarrollo del programa y para la delimitación de una verdadera arqueología socialmente pertinente.

##### 4.1. La construcción del agente: la Unión de Cooperativas Agropecuarias de Mirafior (UCA-Mirafior)

La *Unión de Cooperativas Agropecuarias “Héroes y Mártires de Mirafior”* se encuentra a 28 km al noreste del municipio de Estelí, en Mirafior, una región montañosa con alturas máximas de 1400 msnm y desniveles no superiores a los 400 m. Su extensión territorial es de 105 km<sup>2</sup> y la pueblan unos 4.500 habitantes distribuidos en 25 pequeñas comunidades. La zona cuenta con amplios y bien conservados bosques latifoliados característicos de pluviselva que ocupan la mayor parte de su geografía, albergando una importante densidad de sitios arqueológicos. Por gestión de los propios pobladores de Mirafior fue declarada Área Protegida en 1996, adquiriendo la categoría de Reserva Natural.

Así pues, el ámbito territorial y social de nuestra intervención queda condicionado por el tipo de organización socio-económica de una parte del *agente* de este proyecto: la UCA-Miraflor. Ésta se basa en los principios del desarrollo autosostenible mediante programas de autogestión de, prácticamente, todos los ámbitos de la vida, desde el sistema de producción agropecuaria compatible con el medio y generador de nuevas relaciones sociales, a la salud o la educación, pasando por las propias relaciones sociales. Así, las doce cooperativas que la integran trabajan desde hace nueve años en un programa global donde la producción agropecuaria es compatible con la preservación del bosque tropical húmedo. Ecología, educación, relaciones entre hombres y mujeres, sanidad y juventud, áreas de trabajo permanentes y complementarias que aseguran el funcionamiento integral y coordinado de los proyectos desarrollados por las comunidades.

De acuerdo con estos principios, existe un elevado nivel organizativo, sumamente importante para el desarrollo de la propuesta de *arqueología de la praxis* ya que en todo momento queda asegurada la interlocución y la permeabilidad de información y de toma de decisiones al conjunto de los y las integrantes de las cooperativas. La estructura de la UCA-Miraflor se articula horizontalmente en tres niveles de representación que, de abajo hacia arriba son: asambleas, juntas directivas locales (de cooperativas y comisiones de trabajo) y una Junta Directiva general. De esta forma, la comunidad está representada en cualquiera de las expresiones de su organización.

Una vez descrito el ámbito social del que surge la iniciativa y en el que irá tomando forma el *Proyecto de Arqueología Participativa*, sin duda se entenderán mejor las razones que nos motivaron a vincularnos al proyecto de la UCA-Miraflor. El primer factor fue que la propuesta de actuación arqueológica provino de la propia comunidad, solicitando la incorporación del conocimiento histórico a un proyecto social ya definido por ella. Dicha incorporación no planteaba como objetivo la apertura hacia un mercado de turismo, sino el de informar históricamente unas prácticas sociales y económicas que ya se estaban desarrollando y el de fortalecer una identidad colectiva como trabajadores/as de la tierra. Ello es de suma importancia si tenemos en cuenta que se trata de comunidades donde hasta principios de los 1990s el principal elemento identitario era la guerra. Al vislumbrar la posibilidad de tal propuesta, a través de sus propios mecanismos de funcionamiento, expresó su deseo de participar de todo el proceso de conocimiento, no limitándose a meros apéndices consumidores de un conocimiento acabado, ofrecido en forma de museo, folleto o manual por un *agente* ajeno, en este caso el colectivo de arqueólogos/os. A esta situación se le suma

el hecho de que existe, efectivamente, un elevado potencial arqueológico en toda la zona que permite la generación de conocimiento histórico.

#### 4.2. **El Proyecto de Arqueología Participativa de la UCA-Miraflor y la arqueología de la praxis. Parámetros para una evaluación**

Durante los meses de enero y febrero de 1999 se realizó lo que llamamos una “intervención arqueológica participativa” en Miraflor y fue concebida como un momento idóneo para la evaluación del modelo de arqueología ya explicitado. A través de ella se pretendía obtener pautas del nivel de coherencia de la propuesta y de integración del *agente* a las que podíamos aspirar, así como iniciar la obtención de datos para la generación del conocimiento histórico que pretende informar las acciones sociales generadas por la Unión de Cooperativas. El principal problema que se nos planteó fue el de la propia evaluación de los resultados, o lo que es lo mismo, la evaluación del grado de integración de la *praxis* arqueológica a lo largo de diferentes momentos del proceso de desarrollo de nuestra propuesta. Partimos del principio de que tal nivel de integración podía ser contrastado en función de la magnitud y del grado de correspondencia entre sus propios componentes: la teoría y la acción social. Para ello nos pareció necesario formular criterios de comparación entre los diferentes momentos de desarrollo del modelo a partir de los siguientes indicadores:

- (1) la magnitud del *agente* social (¿quién?),
- (2) la magnitud del conocimiento que conforma la *praxis* (número de elementos de conocimiento de interés y grado de profundidad/calidad de su conocimiento por parte del *agente*),
- (3) la coherencia entre el discurso teórico y la acción social generada.

Otra consideración a tener en cuenta es que, independientemente de los resultados del programa, éste no iba a poder reproducirse en las mismas condiciones en el mismo contexto debido a las transformaciones que sufre el propio *agente social* (UCA-Miraflor y colectivo de arqueólogos/as) durante el proceso de planteamiento, cuestionamiento y/o asunción del conocimiento que se va generando.

Como se refleja en la fig. 4 hemos distinguido a instancias analíticas tres momentos de desarrollo de la *praxis*, generándose cada uno de ellos en la reflexión y actuación del anterior sobre sí mismo. Así, el *momento x* muestra el estado de la integración entre teoría y acción que, lógicamente, se encontraba en un punto de partida todavía incipiente. En este caso, nace de la voluntad explicitada por parte del grupo de profesionales de la UCA-Miraflor y un pequeño grupo de campesinos/as de trabajar en el conocimiento de la

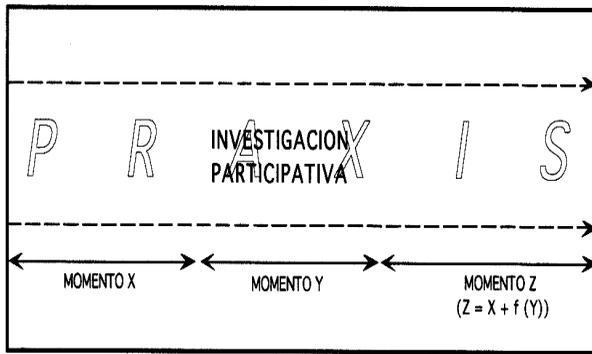


Fig. 4.- Ordenación analítica de los momentos de la *praxis*.

Historia local para reafirmar su identidad colectiva y conocer la evolución del medio en el que viven y actúan. Esta fase inicial se desarrolló durante una breve campaña de prospección y documentación en el mes de marzo de 1998, contemplando el diálogo de más de 14 meses entre los segmentos que conforman el *agente*. Durante este proceso de integración del *sujeto* de la *praxis* surgió la necesidad, en base a los dos ámbitos que inicialmente más interesaban a los campesinos/as (identidad colectiva y evolución del medio), de diseñar mecanismos de interacción y diálogo que permitieran la constante redefinición de intereses y objetivos que debían y deberán generar en el futuro el conocimiento histórico pertinente.

Es así como en 1999 se definió una fase de intervención arqueológica participativa que la organización comunal denomina “Proyecto de Arqueología Participativa”, y que nosotros llamaremos *momento y*. Este momento comprende la reflexión y la acción del momento inicial del programa sobre sí mismo a través de la investigación participativa, adquiriendo una nueva dimensión. En tanto que la *praxis* implica a un *agente* social informado teóricamente en su acción sobre el mundo, dicho *agente* sufrirá también importantes modificaciones, dando así lugar al *momento z*. Este último será resultado de la información adquirida durante la intervención arqueológica e incorporada a la reflexión y a la acción social. Así pues, podemos abstraer la relación entre los momentos analíticamente diferenciados de la manera que sigue.

### 4.3. El Proyecto de Arqueología Participativa de la UCA-Miraflor como *praxis*. Desarrollo, resultados y retos

A continuación veremos cómo se ha concretado el programa para, finalmente, poder evaluar el mayor o menor grado de cohesión entre teoría y acción entre el *momento x* y el *momento z*. Es importante aclarar que esta acotación entre momentos cualitativamente diferenciados no implica que el proceso de integración de la *praxis* haya finalizado. Muy al contrario, el *momento z* generará nuevas situaciones en lo

que es una dinámica abierta con nuevos elementos de interés y un diferente grado de información sobre la realidad en la que el *agente* social actúa.

#### 4.3.1. Inicio del proyecto: el estado de la *praxis* en el momento de partida, el *momento x*

En el año 1997 el Departamento de Historia de la UNAN-Managua recibió una carta de la UCA-Miraflor donde se expresaba la voluntad de generar dinámicas de conocimiento de la historia local a través de la abundante presencia de restos arqueológicos en la zona. Es así como en octubre del mismo año se iniciaron los primeros encuentros que se prolongaron durante el año siguiente, conformándose como *agente* social, como ya se ha dicho, el grupo de profesionales y de campesinos/as de la UCA-Miraflor y el colectivo de arqueólogos/os. En el diálogo se hacían evidentes los diferentes niveles de abstracción de la necesidad planteada a la universidad: el grupo de campesinos/as tenía la voluntad de conocer a qué respondían todas aquellas estructuras arquitectónicas y restos materiales tan abundantes en sus campos. Existía una clara voluntad de buscar la explicación real de un fenómeno que fuera más allá de la superstición popular. Este planteamiento hizo que los/as profesionales (un agrónomo, una pedagoga y una bióloga) elevaran a un nivel mayor de abstracción la necesidad de conocimiento histórico, vinculándolo al proyecto social, económico y político que se estaba implementando. Existía la conciencia, pues, de la existencia de unos fenómenos que debían ser explicados y de que ello podía informar teórica e históricamente las prácticas sociales y económicas de la UCA-Miraflor tanto en el presente como en las propuestas de futuro.

Es así como se definieron unos primeros elementos de interés que, si bien podían haberse incrementado y modificado ya en el *momento x*, seguramente ello hubiera respondido más a nuestras propias motivaciones (las de los arqueólogos/as) que a las de la comunidad. Ello es normal por el desconocimiento por parte de la sociedad en general de la potencialidad de la arqueología como ciencia generadora de conocimiento. De hecho, se estableció como más interesante que dicha modificación y ampliación de elementos de estudio se fuese fijando a partir del diálogo, la reflexión y del progresivo conocimiento de la propia disciplina por parte de la comunidad, tanto durante esa fase como en la posterior, llamada *momento y*. Así pues, los elementos definidos como temáticas de interés fueron (a) el refuerzo de la identidad colectiva de los y las habitantes de Miraflor en cuanto a trabajadoras/es de una tierra históricamente conformada, y (b) la historia del poblamiento de la zona y de los cambios del medioambiente (como se observará, una parte del *agente* no formulaba todavía la relación entre las prácticas económicas de los grupos humanos y las transforma-

ciones del medio, planteándose como dos problemáticas diferenciadas).

#### 4.3.2. **Momento y: ejecución de una “intervención arqueológica participativa”**

Habiendo demarcado los objetivos principales del programa, se inició un proceso de investigación empírica que no produjera una disgregación del *agente* social; es decir, donde la comunidad continuara participando en la formulación de preguntas y problemáticas de interés. No obstante, somos conscientes de que pretender que un/a campesino/a sea arqueólogo/a es como pretender la relación inversa, donde valoramos que lo más interesante es tener la oportunidad de conocer la potencialidad de unos conocimientos (bien sean agrícolas o arqueológicos) para poder participar de la formulación de preguntas a diferentes niveles. En este sentido, la participación de un sector de la comunidad en excavaciones y prospecciones, en talleres y charlas, en la preparación y ejecución de explicaciones al resto de la comunidad, ha producido, como veremos, un auténtico cambio en la *praxis* de su *agente*. Así, en función de los primeros intereses definidos en la fase inicial, el diseño de la metodología de trabajo de *carácter participativo* nos debía permitir (a) iniciar el proceso de obtención de datos para la generación de conocimiento histórico pertinente a medio-largo plazo, y (b) desarrollar la dinámica de contacto con las y los campesinos y con los diferentes colectivos de base (el grupo de mujeres, el grupo de jóvenes, el grupo de protección del medioambiente, el de promoción de la educación, el de “cultura”, etc.) y poder así analizar los intereses de los diferentes colectivos a partir de su cotidianidad y de sus formas de acción social.

El sistema organizativo de la UCA-Miraflor facilitó que cualquier tipo de información y de discusión corriera en todas las direcciones del organigrama social. La UCA-Miraflor decidió escoger un número de personas limitado que participara en los trabajos de campo y en los trabajos de comunicación y dinamización comunitaria en torno al conocimiento de la historia a través de la arqueología. De este modo, se organizaron talleres de presentación y discusión de los primeros datos, y grupos de visitas al yacimiento que se decidió excavar, una estructura monticular de carácter habitacional. En el transcurso de las visitas y los debates que muchas veces se generaban no sólo se iba incrementando el grado de cohesión de la *praxis* de los/as participantes, sino que el número de éstos/as se iba incrementando, así como los elementos de conocimiento de interés, produciéndose el paso del *momento* y al *momento z*.

#### 4.3.3. **Del momento y al momento z . La praxis inicial modificada por el proceso de auto-reflexión y actuación sobre si misma**

Como acabamos de remarcar, el nivel de ar-

ticulación de los elementos que conforman toda *praxis* en el momento inicial del proyecto generó un movimiento que originó el nuevo *momento* y (de intervención arqueológica participativa) a través del cual el estado de la relación originaria entre teoría y acción y, por tanto, del propio *agente*, ha quedado modificado cuantitativa y cualitativamente. Asistimos, pues, a una tercera y nueva fase de la totalidad *praxis*, el *momento z*, que como ya hemos mencionado, no es el momento final, sino el estado actual del programa y el punto de partida de la próxima aplicación de una intervención arqueológica participativa. Efectivamente, los indicadores que más arriba delimitábamos para evaluar el grado de cohesión de la *praxis* en sus diferentes momentos de desarrollo han sufrido importantes cambios desde que el programa se inició hasta la observación de los resultados en la situación actual. Respecto al indicador (1) *la magnitud del agente social*: se ha producido la incorporación de nuevos colectivos al proceso de conocimiento de la realidad sobre la que actúan cotidianamente. Es el caso de la comisión de educación, la de jóvenes y la de mujeres, así como la propia dirección administrativa. Ello ha marcado definitivamente el surgimiento de nuevas preocupaciones que han dado una magnitud diferente, como veremos más adelante, a los elementos de estudio y acción.

Si bien se ha podido constatar que el *agente* social ha sufrido una transformación cuantitativa en tanto se incorporan nuevos sectores de las cooperativas con nuevas preguntas, también se aprecian cambios cualitativos en dos sentidos: mientras por un lado se produce un nuevo diálogo entre las personas que formaban parte del programa desde el inicio, y por tanto con un conocimiento más informado de la realidad, y las que se incorporan a raíz del *momento* y, por otro se inicia el proceso de reflexión en torno a las potencialidades explicativas de la arqueología. Así por ejemplo, el hecho de haber excavado una unidad habitacional donde abundan los medios de producción tanto agrícolas como de mantenimiento del grupo, ha generado una dinámica de interrogantes que ha llevado a los cooperativistas participantes a plantear las implicaciones de los modelos de producción, uso y control de dichos medios tanto a nivel ecológico como de relaciones sociales. Un buen ejemplo de ello es la participación de la Comisión de Mujeres de la UCA-Miraflor en la generación del discurso histórico materializado en el recinto excavado. En diferentes visitas al yacimiento durante y después de la excavación, las mujeres introdujeron un nuevo elemento a considerar en el diálogo interno del *agente* del conocimiento. Se trataba de la noción de *autosuficiencia* de las/los sujetos de los restos materiales dispuestos sobre el piso de ocupación excavado. Dicha noción fue planteada tanto en relación a un potencial merca-

do externo como las relaciones entre mujeres y hombres. Esencialmente, esta preocupación responde a la realidad actual de las propias mujeres y a la identificación de la materialidad arqueológica con trabajos cotidianos asumidos por ellas en la actualidad. En relación al recinto habitacional excavado, todos los trabajos en él objetivados (desde la construcción a su uso y mantenimiento) correspondían, según el grupo de mujeres de la UCA, a trabajos femeninos. Dos aspectos, sin embargo, contrastaban con la actualidad. Por una parte, la centralidad de estos trabajos en la evidencia arqueológica chocaba con el casi nulo reconocimiento actual de estas tareas como laborales y como productivas. Por la otra, la aparente manufactura con materias primas locales de todos los medios de producción presentes marcaba otra diferencia con la dependencia actual de las unidades domésticas campesinas respecto a los insumos provenientes de un mercado exterior. A partir de estas experiencias, las nociones de *dependencia* y *autosuficiencia*, han ido siendo incorporadas y asimiladas como uno de los focos de interés en todo el proceso de investigación.

Así es como hemos podido percibir cambios objetivos que correspondería al indicador (2) *la magnitud del conocimiento que conforma la praxis*. Como ya vimos, los elementos de interés que se definieron en el momento inicial de la *praxis* (*momento x*) y en el que prácticamente toda la participación era masculina, se centraban en el elemento identitario colectivo y en la historia del poblamiento y de la evolución del paisaje (aunque, recordemos, sin una articulación clara entre ambos aspectos). En el momento actual de desarrollo de la *praxis*, si bien se han mantenido los puntos de interés delimitados en el momento de partida, no sólo se han producido transformaciones cualitativas en ellos sino que, además, se han incorporado nuevos elementos de interés colectivo como consecuencia de la modificación que ha sufrido el *agente* social. Los principales cambios formulados a partir de la ejecución de la fase de intervención participativa para las problemáticas definidas desde el primer momento afectan en el siguiente sentido:

(a) El interés por la reafirmación de la identidad no ya solamente como colectivo de trabajadores y trabajadoras de la tierra sino, además, la identidad como colectivo específico de mujeres, reivindicada por ellas mismas. Se ha mostrado, además, la necesidad de tratar la temática de la *dependencia vs. autosuficiencia* con el objetivo de informar históricamente su práctica política y económica como mujeres (identidad de sexo) y como campesinas (identidad de clase). En otras palabras, con el objeto de informar proyectos que refuerzan tanto material como ideológicamente las formas de autonomía productiva que rompan su subordinación tanto respecto al mercado externo a las cooperativas como respecto al sexo masculino.

(b) La relación entre los cambios en el paisaje y las prácticas económico-sociales. Si en un primer momento se formularon como problemáticas diferenciadas, durante el proceso de investigación participativa se ha ido generando una reflexión que ha permitido a los/as campesinos/as establecer la relación entre ambas problemáticas, partiendo de su propia experiencia, valorando la necesidad de dotarla de una dimensión histórica. En este sentido, han surgido temáticas e intereses nuevos, aunque sería más correcto decir que se ha producido la conexión entre intereses que preexistían (los modelos de explotación agroforestal) y la ciencia arqueológica. En otras palabras, se ha tenido la oportunidad de conocer la capacidad explicativa de la arqueología para problemas que no son particulares del pasado, sino actuales, históricas. Así por ejemplo, algunos grupos interpretaban el cambio observable entre la arquitectura precolonial y la actual como consecuencia de una hipotética ruptura del poblamiento en algún momento pasado. A su vez, se especulaba sobre la causa de ese abandono de la zona, atribuyéndolo a un agotamiento de los suelos y una deforestación intensiva. Evidentemente, tales discusiones se realizaban a la luz de los problemas que actualmente ahogan al campo nicaragüense (ya hemos hecho referencia al problema de la frontera agrícola) y de la preocupación de la Unión de Cooperativas de Mirafior por establecer un modelo productivo capaz de abastecer a la población sin crear problemas ecológicos.

(c) Estas nuevas temáticas van, además, muy estrechamente ligadas a la voluntad de reivindicar la montaña como un espacio habitable y donde la producción y la vida social han estado presentes a lo largo de la historia. Se pretende, pues, generar un discurso que supere la imagen negativa de la montaña (y de sus pobladores) como un espacio asociado a la violencia de la guerra. De hecho, la propia arqueología en Nicaragua siempre ha enfatizado el estudio de las sociedades asentadas en fondos de valles o en llanuras, estableciendo así unos modelos de poblamiento que ignoran por completo el poblamiento y los sistemas de producción en la montaña.

El tercer indicador del nivel de integración de la *praxis*, *la coherencia entre el discurso teórico y la acción social generada*, al principio se manifestó a través de la búsqueda de la participación del equipo de arqueólogos/as por parte de la Unión de Cooperativas, así como del planteamiento del conocimiento histórico como necesidad social para un desarrollo coherente de sus propuestas y sus acciones transformadoras de la realidad. Después de dos años de trabajo conjunto, de desarrollo de la propuesta de *arqueología de la praxis*, podemos valorar que se ha iniciado un proceso de incorporación de la reflexión y de la información histórica desde el proyecto a diferentes ámbitos de la vida cotidiana. Ello puede apre-

ciarse, por ejemplo, en la decisión de enviar a dos jóvenes de la “comisión de juventud” a estudiar arqueología, de manera que el organigrama de la comunidad, en un futuro inmediato, pueda contemplar un espacio para la historia como elemento dinamizador de las comunidades, al igual que ya lo ocupa la actividad agroforestal.

Otros factores que nos han permitido constatar la integración del nuevo conocimiento histórico a las acciones cotidianas han sido el planteamiento, por parte de la comisión de educación, de la elaboración de unas cartillas de arqueología e historia antigua de Nicaragua para integrar a los planes de estudio de escuelas e institutos que dependen de la UCA-Mirafior. Además, se está trabajando en la formación de un adulto y dos jóvenes de la comunidad para la documentación exhaustiva de los materiales arqueológicos y de sus contextos respectivos aparecidos durante las tareas agrícolas.

## 5. CONCLUSIONES

El *Proyecto de Arqueología Participativa de Mirafior* constituye un intento de desarrollo de un modelo de arqueología preocupada por su pertinencia social. Aunque esta preocupación constituye uno de los tópicos de las recientes discusiones teóricas de nuestra disciplina (estableciendo también, aunque no se haya citado, uno de los ejes de la crítica post-procesual), en muy pocas ocasiones se han concretado iniciativas que tomen esta problemática como aspecto central. No entraremos a discutir los motivos del fracaso de algunas de aquellas que se han intentado llevar a cabo. No obstante, la revisión de un aspecto principal en todos estos constructos muestra problemas sustanciales en la relación entre lo que se ha venido denominando el “arqueólogo/a” y el “público”. Como ya se ha ilustrado, en el mejor de los casos se establecen ambas partes como entidades a un mismo nivel pero siempre separadas. Y es precisamente en esa separación donde los diferentes intentos de una arqueología alternativa han encontrado escollos insuperables.

Creemos que la noción de *praxis* es una interesante referencia en la búsqueda de soluciones al dilema planteado. Al asumir la unicidad de la representación de la realidad con la acción en el *agente*, establece pautas para la elaboración de propuestas alter-

nativas en nuestra disciplina. La primera derivación es la necesaria interrelación entre el conocimiento histórico y las propuestas de dinamización social. La dualidad investigación – difusión responde a una visión deformada por concepciones idealistas de la relación entre el conocimiento y la acción, donde se presupone la pre-existencia de ambos por separado. De ello se deduce como falso el dilema entre ambas opciones por separado en el planteamiento de proyectos en arqueología. La segunda implicación es la comprensión de la *práctica* (o *sentido común*) y la *praxis* como acción social. La diferencia en ambas radica, precisamente, en la calidad del conocimiento que en el plazo inmediato promueve la propia acción. Si aceptamos que el conocimiento crítico establece la *praxis*, es entonces necesario reconocer cualquier disciplina científica como, precisamente, un ejercicio de *praxis*. A partir de aquí, la cuestión en torno a la configuración del sujeto o *agente* de esta *praxis* deviene un tema central. Los y las profesionales de la arqueología nos encontramos, en este punto, ante un reto. La *arqueología de la praxis* parte de la conciencia y explicitación de esta relación. Dada la disimetría en que se fundamenta la sociedad capitalista ello comporta, obviamente, que nuestra trayectoria como arqueólogas/os transcurra paralelamente a una implicación política y social. De todo ello, la explicación de Mirafior constituye un ejemplo que, aunque todavía incipiente, en sus dos años de vida ofrece enseñanzas interesantes.

## AGRADECIMIENTOS

Queremos dar nuestro más sincero agradecimiento a Randall McGuire por su gesto siempre dispuesto a escuchar y a discutir, así como por habernos cedido documentos fruto de sus reflexiones, además de otros textos compartidos con R. Navarrete y que hasta el momento no se han publicado.

Por otro lado agradecer a varias personas, relacionadas de forma especial con el tema de la vinculación patrimonio-sociedad, su paso por la UNAN-Managua: Jordi Abella, Gabriel Alcalde, Josep Espadalé, Oscar Fonseca, Joaquim Mateu, M<sup>a</sup> Ángeles Querol, Josep Manuel Rueda y Enric Torrent. Sin duda, sus diferentes perspectivas sobre el tema han aportado elementos de interés y de debate al grupo de estudiantes de arqueología, con quienes esperamos en el futuro compartir la ilusión por discutir líneas de trabajo como la presentada aquí, de la que únicamente sus autores son responsables.

Este trabajo ha sido posible gracias al disfrute de sendas becas otorgadas por las siguientes instituciones públicas: Ermengol Gassiot Ballbè participa del programa de becas FI otorgadas por la Generalitat de Catalunya y Beatriz Palomar Puebla disfruta de una beca FPI-FPU del Ministerio de Educación y Cultura.

## BIBLIOGRAFÍA

- ALCALDE, G. (1989): El museu a casa. Exposicions itinerants. *Aixa*, 2: 53-56.
- BATE, L.F. (1998): *El proceso de investigación en arqueología*. Crítica, Barcelona.
- COLECTIVO DE ESTUDIOS MARXISTAS (ed.) (1995): *Marxismo y sociedad. Propuestas para un debate*. Muñoz Moya y Montraneta Ed., Sevilla-Bogotá.
- FONSECA, O. (ed.) (1988): *Hacia una arqueología social. Actas del Primer Simposio de la Fundación de Arqueología del Caribe (1984, Vieques, Puerto Rico)*. Editorial de la Universidad de Costa Rica, San José de Costa Rica.
- GRAMSCI, A. (1983): *El Materialisme Històric i la Filosofia Idealista de Croce*. Laia, Barcelona.
- GASSIOT, E.; PALOMAR, B.; ESTÉVEZ, J.; ZURRO, D. (en prensa): Archaeology without Frontiers: Co-operation between UAB (Spain) and UNAN (Nicaragua). *Third Annual Meeting of E.A.A.* (September 24-28 1997), Ravenna.
- LEONE, M.P.; POTTER, P.B.; SHACKEL, P.A. (1987): Toward a Critical Archaeology. *Current Anthropology*, 28 (3): 283-292.
- LÓPEZ, J.M. (1992): La reconstrucción del pasado, la identidad nacional y la labor arqueológica: El caso uruguayo. En Politis (ed.) 1992: 167-175.
- LOYOLA-BANK, G.; SANOJA, M. (eds.) (1990): *Arqueología de rescate*. Abre Brecha, Caracas.
- LULL, V.; MICÓ, R. (1997): Apuntes de teoría arqueológica I. Los enfoques tradicionales: las arqueologías evolucionistas e histórico-culturales. *Revista d'Arqueologia de Ponent*, 7: 107-128.
- LUMBRERAS, L.G. (1981): *La arqueología como ciencia social*. Peisa, Lima (2ª ed.).
- MCGUIRE, R. (1992): *A Marxist Archaeology*. Academic Press, Nueva York.
- MCGUIRE, R. (1996): La Arqueología como Acción Política en los Estados Unidos. *Segundo Curso sobre Arqueología Social Ibero-Americana*. La Rábida, España, 17 al 21 de Junio, 1996. Documento inédito.
- MCGUIRE, R.H.; NAVARRETE, R. (1998): Entre motocicletas y fusiles: las arqueologías radicales anglosajona e hispana. *Paper Presented at the 1st Conference on Archaeological Theory in South America*. Victoria, Brazil, April 6-9, 1998. Documento inédito.
- PALOMAR PUEBLA, B.; GASSIOT BALLBÈ, E. (1996): *Arqueología de la praxis*. Archivo Divisió de Prehistòria, Universitat Autònoma de Barcelona. Documento inédito.
- PALOMAR PUEBLA, B.; GASSIOT BALLBÈ, E. (1999): Arqueología en Nicaragua: 140 años construyendo discurso patrimonial. *Revista Española de Antropología Americana*, 29: 207-232.
- PATTERSON, T.C. (1986): The Last Sixty Years: Toward a Social History of Americanist Archaeology in the United States. *American Anthropologist*, 88 (1): 7-26.
- PATTERSON, T.C. (1994): Social Archaeology in Latin America: An Appreciation. *American Antiquity*, 59 (3): 531-7.
- POLITIS G. (ed.) (1992): *Arqueología en América Latina Hoy*. Banco Popular, Bogotá.
- VARGAS, I. (1999): *La Historia como Futuro*. Fondo Editorial Tropykos, Caracas.
- VARGAS, I.; SANOJA, M. (1990): Patrimonio Cultural. ¿Inventario o Proceso Histórico? En Loyola-Bank y Sanoja (eds.) 1990: 41-51.
- VARGAS, I.; SANOJA, M. (1993): *Historia, Identidad y poder*. Fondo Editorial Tropykos, Caracas.
- VASCO, L.G. (1992): Arqueología e identidad: el caso guambiano. En Politis (ed.) 1992: 176-191.
- VILLASANTE, T.R. (1993): *Aportaciones Básicas de la I.A.P. a la Epistemología y Metodología*. Documentos internos del CIMS (Congrés Internacional de Moviments Socials), Barcelona.
- VILLASANTE, T.R. (1995): Los nuevos movimientos sociales. Una reflexión metodológica y praxiológica. En Colectivo de Estudios Marxistas 1995: 13-41.

